

que es, a la vez, realmente original, muy apto para ser comunicado a las personas en los más variados contextos vitales, y muy útil para el discernimiento personal y social.

Pese a su carácter sereno y propositivo, que no se enreda en la polémica y el alegato, *Just Love* constituye por sí mismo, en el ámbito católico, una aguda crítica tanto a la sequedad de los planteos tradicionales como a la retórica idealista de algunos de los más modernos, en ambos casos poco permeables a los datos de las ciencias y la experiencia, a las dinámicas de poder y opresión que la sexualidad vehiculiza, y al sufrimiento y las esperanzas de las personas de carne y hueso.

GUSTAVO IRRAZABAL

---

VÍCTOR MANUEL FERNÁNDEZ, *La oración pastoral. Intimidad espiritual y misión en el mundo*, Buenos Aires, San Pablo, 2006, 192 pp.

---

Como en escritos anteriores de 2001 y 2004, V. M. Fernández se propone elaborar una visión unitaria entre espiritualidad y pastoral: “hoy se vuelve imperioso encon-

trar una síntesis adecuada entre la intimidad personal y la propia misión, entre la identidad y las tareas que uno realiza” (7). La propuesta es desenvolver “una forma de oración eminentemente «pastoral»”, es decir, dar una explicación acerca de cómo ejercitar *la oración en medio de las tareas*. El autor entiende su libro como “un camino concreto para alcanzar esa preciosa unidad vital” (8); el Card. Bergoglio, al presentarlo, hace referencia a la *familiaridad con Dios* como la clave que “unifica la oración y la acción” y a uno de los grandes desafíos de nuestro tiempo: “ayudar a mantener y aumentar el fervor evangelizador” (5).

La obra se organiza en seis partes, la última de las cuales introduce distintas oraciones para cristianos con distintas vocaciones (Parte VI: Oraciones para diversas tareas, 174-189). La Parte I: Obstáculos para la oración pastoral (12-20), enfocada desde la cultura actual, está dedicada a los obstáculos que tenemos hoy para vivir la unidad entre interioridad y exterioridad. Entre ellos, merece destacarse el diagnóstico de “acedia pastoral” o de vida espiritual vacía de pastoralidad (12), en parte por excesivo cuidado de lo privado o resistencia interna, que solapa la profunda interioridad detrás de un marcado

subjetivismo egocéntrico e incapacita para una espiritualidad de comunión.

La Parte II: Cargar la actividad de profundidad espiritual (21-53) ofrece (A) cinco caminos prácticos para mejorar la *calidad* espiritual de la actividad: 1. gustar e interiorizar las tareas de cada día, discernirlas y dosificarlas, prepararse para sus exigencias; 2. dar responsabilidad a otros de acuerdo a sus carismas y ministerios, lo cual requiere saber construir una pastoral comunitaria y ayudar a la formación de los laicos/as; 3. vivir el encuentro con Cristo en medio de las tareas, reconocer la presencia de su amor; 4. vivir a fondo cada tarea y la atención a cada persona, estando realmente presente, deteniéndose y, sobre todo, 5. valorando la positividad del mundo y su multiplicidad (36ss). En esta perspectiva, el autor habla de “una espiritualidad que se vive y se expresa *en la charla con los demás, en el diálogo con la cultura, en el trato con el mundo moderno*” (37) e invita a no cometer el error de menospreciar “lo superficial” de cada día para poder penetrar en la realidad de las cosas humanas y diversas. Luego (B) presenta diversas formas de *oración* en medio de las tareas, en las cuales se debe reali-

zar una oración dirigida a Jesús *al mismo tiempo* que un encuentro con las tareas y las personas.

En la Parte III: La vida que entra en la oración y la vida que brota de ella (55-100), se presenta una circularidad entre misión y oración personal: “una buena oración personal es lo que mejor nos permite encontrar modos de vivir profundamente la actividad” (56). La insistencia de orar en medio de las tareas no significa que los espacios de oración solitaria sean superfluos, sino todo lo contrario. El autor insiste en la unidad: “para ser felices y plenos tenemos que lograr ser los mismos cuando trabajamos y cuando descansamos, cuando oramos y cuando paseamos” (71). La exposición se va alternando con oraciones.

La parte IV de *La oración pastoral* apunta a Orar con la propia identidad pastoral (101-156) y reflexiona sobre la importancia de alimentar la identidad y orar con ella. La identidad es vista como condición indispensable para el fervor apostólico y la profundidad espiritual: desechar complejos, construir y gozar la identidad pastoral, ejemplificaciones y pautas para orar la identidad pastoral, son algunos de los aspectos considerados. Fernández resalta que “en la práctica no

podrá construirse la propia identidad en la oración si no se integra la *propia misión* en esa oración, si no se dialoga con Dios sobre la misión” (145).

La dimensión comunitaria se aborda en la V parte dedicada a Trabajar y orar juntos (157-171): calidad espiritual de la vida comunitaria y calidad comunitaria de la vida espiritual, aspectos que han tomado un vuelo propio sobre todo en el siglo XX con la emergencia de la eclesiología de comunión. En esta parte se destacan el discernimiento comunitario, una pasión por lo común, el gozo de la variedad y profundidad del nosotros. En la parte VI, Oraciones para diversas tareas (173-189), se ofrecen ejemplos que puedan servir “para ver de qué manera *cualquier tarea puede llevarse a la presencia de Dios y cualquier oficio puede vivirse con un profundo sentido espiritual*” (174) y para que cada uno/a pueda preparar su oración personal, según la misión que el Señor le ha dado.

La obra comentada, de clara función integradora de la oración y la misión, posee un sentido fundamentalmente práctico, aunque también ofrece algunos elementos de fundamentación teológica –que ya han sido mejor desarrollados en obras anterior-

res–. La insistencia en el tema parece oportuna por varios motivos: la urgencia de renovar el ardor misionero, la frecuente dificultad de unir la vida interior con el compromiso misionero y los riesgos de escisión que se plantean para no pocos bautizados que reducen su vida espiritual a uno de los dos momentos de la vida de fe. Posiblemente, el mayor mérito de la propuesta de V. M. Fernández es ayudarnos a pensar una “oración pastoral”, una pastoral cualificada por la oración y una oración autenticada en la misión. A la luz de Aparecida, el escrito cobra actualidad y puede ser releído desde la conversión pastoral.

---

VÍCTOR MANUEL FERNÁNDEZ, *Conversión pastoral y nuevas estructuras. ¿Lo tomamos en serio?*, Buenos Aires, Ágape Libros, 2010, 127 pp.

---

En la introducción, el autor nos explica el *sentido y origen de esta obra*: en mayo de 2009 la Conferencia Episcopal Argentina le pidió que preparara una reflexión sobre la “conversión pastoral”, lo cual le permitió ver que “se trata de algo vivo y actuante, que

está dando vueltas en la Iglesia” (7-10). A raíz de este pedido, hizo una consulta a la cual respondieron unas quinientas personas de todas las regiones de Argentina y sobre la base de este material elaboró este libro, por lo cual en él aparecen varios de los nombres de quienes hicieron aportes.

El título del libro orienta hacia las dos partes del mismo: la conversión pastoral (11-57) y la conversión estructural (59-126); se echa de menos una reflexión conclusiva, que el autor elige dejar por cuenta de los lectores/as (127). La *primera parte* enmarca la “conversión pastoral”, en la primera sección, entre las diversas dimensiones de la conversión cristiana: conversión a Dios, a Jesucristo, a la vida fraterna, a la vida social, conversión pastoral y estructural. Sobre la *conversión pastoral*, V. M. Fernández nos habla de una expresión que se ha vuelto común en América Latina desde Santo Domingo y sobre todo después de Aparecida. Su significado apunta a someter todo al Reino, a la misión, aceptando los desafíos de una renovación “extática” capaz de anunciar lo central del Evangelio, de ir hacia los abandonados y alejados (23), es decir, una renovación “kerigmática” de la Iglesia, que “nos exige renunciar a toda pre-

tensión inmediata de exhaustividad y de «sistema» doctrinal y disciplinar” (24), lo cual representa una dura ascesis. En este punto, el autor nos ofrece diversos aportes sobre cómo entender la conversión pastoral, varios de ellos acentúan la necesidad de cambio, discernimiento y exigencia de salir del pecado. La reflexión sobre la *conversión estructural eclesial* se abre con varios aportes que señalan la dificultad de vencer el miedo ante el cambio de estructuras; si la conversión invita a superar el pecado, la inercia en relación con la misión, también se trata de superar los miedos que encierran y paralizan. Esta conversión debe ser eclesial, en la diócesis (28).

La segunda sección se detiene en la dimensión “pastoral” de la conversión y enuncia *ocho sentidos* de la expresión (32-37): 1. conversión de los pastores a una entrega mayor para gloria de Dios; 2. conversión de los pastores a Dios por las interpelaciones de su pastoral; 3. conversión de los pastores hacia una entrega mayor al servicio pastoral; 4. conversión de los pastores que los identifica plenamente con su misión; 5. conversión a Jesucristo Pastor, que configura con sus actitudes; 6. conversión de las tareas (la pastoral) del pastor por

los reclamos de Dios y la realidad –que los obispos argentinos entienden como un cambio *en el modo de transmitir el Evangelio* (35)–; 7. conversión de la pastoral de la Iglesia diocesana; 8. conversión que reforma las estructuras de la pastoral. De esta comprensión se desprende que el concepto está pensado básicamente en función de los pastores y cabría preguntarse si no habría un específico laical/femenino en la conversión pastoral, más allá de la referencia a la pastoral diocesana y a las estructuras.

En la tercera sección, ¿Dónde y cómo aparece? (39-42), se recorren los documentos del magisterio desde el Vaticano II en los cuales se va perfilando el tema. La cuarta sección focaliza en el Sentido del llamado de Aparecida a la conversión pastoral (43-50): una pastoral “en éxtasis”, atenta a la realidad, con estructuras misioneras, interior y exterior, porque “hay que terminar de una vez con las polarizaciones dialécticas entre «espiritual», «social» y «misionero»” (48), evitando un gnosticismo espiritualista y un reduccionismo social ingenuo, ambos caducos. La apuesta es, una vez más, la integración, para superar la tentación de toda forma de privatización de la fe en el plano de los hábitos (49). La primera parte concluye con una

quinta sección que se refiere a la Acogida en autores y Obispos latinoamericanos (51-57), con expresiones de diversos episcopados.

La *segunda parte* del libro se concentra en La conversión estructural eclesial (59-126) y está dividida en seis secciones, tres breves más introductorias y tres largas más pormenorizadas. El tema de esta parte está claramente justificado puesto que se requiere mucha claridad para hablar de las implicancias de la conversión pastoral “más allá de las palabras” y además, para renovar la Iglesia, se requiere tanto de mística que impulse los corazones como de estructuras que le den un cauce (62). Pero también la justifica el autor porque este punto se presentó como muy conflictivo en la consulta realizada, con importantes disensos y consensos, que se exponen en la segunda y tercera sección. Más allá de los disensos (cf. 67-72), existen consensos básicos que se repiten: en este sentido, el autor propone como criterio fundamental *el criterio misionero* y, en este marco, las siguientes acentuaciones: 1. una evangelización *más kerigmática*; 2. *más comunitaria y participativa*, que facilite el liderazgo y los ministerios laicales/femeninos; *más atenta a la realidad concreta de los sujetos*, lo cual interpela claramente la vida de las parroquias y de la

liturgia que se ofrece habitualmente en ellas. V. M. Fernández va ilustrando estos acentos con aportes provenientes de distintas voces de la vida eclesial argentina. La cuarta sección trata acerca de “lo caduco” en pastoral (91-101), que requiere un discernimiento: volver al Evangelio, desprenderse de lo que no lleva a la misión, de lo que impide una apertura que llegue a todos, promoviendo la opción preferencial como transversal a todas las estructuras y prioridades pastorales. En la siguiente sección, Estructuras y “espíritu” (103-109), se vuelve a la polaridad de estructura y mística; el autor hace referencia a una “mística” específica que despierte el atractivo, el gusto y la pasión por la reforma

La sección final trata sobre Otros aspectos prácticos de esta reforma (111-126), entre los que se destacan: la acogida cordial de las personas y la cualidad de los vínculos, pero también “*que todas las estructuras eclesiales sean cordiales*” (113). Un detalle significativo, en este contexto es el que se refiere a la variedad de horarios de las misas o de catequesis. Otro tema hace referencia a la pastoral urbana y a las nuevas formas de presencia requeridas por lo urbano; también se ofrecen indicaciones sobre lo kermigático, lo social, los ámbitos de formación, lo económico, lo cele-

brativo. En definitiva, se trata de una cantidad de “detalles que tienen que ver con la vida” (120) y que deben ser tomados en serio para que la pastoral esté realmente al servicio de lo que hoy se necesita. En esta parte, Fernández propone parte de un elenco elaborado por el presbiterio de la Arquidiócesis de Buenos Aires y deja la conclusión a los lectores/as ¿para provocar una apropiación del desafío? Si así fuera, está bien no proponer una conclusión hecha.

VIRGINIA RAQUEL AZCUY

---

CARMELO JUAN GIAQUINTA, *El Tratado de paz y amistad entre Argentina y Chile. Cómo se gestó y preservó la mediación de Juan Pablo II*. Prólogo del Cardenal Jorge Bergoglio, Buenos Aires, Ágape, 2009, 197 pp.

---

Monseñor Carmelo Giaquinta publica en este valioso libro veinticuatro documentos sobre el conflicto entre Argentina y Chile sobre las islas del Atlántico Sur, incluyendo el Tratado. Estos documentos constituyen cartas de los presidentes de las conferencias episcopales argentina y chilena, mensajes y cartas pastorales de

ambos episcopados, una carta de Juan Pablo I, Diversas cartas, Mensajes, Discursos y Propuesta con sugerencias y consejos de Juan Pablo II, y finalmente el propio Tratado de Paz y Amistad entre la Argentina y Chile.

Previamente Mons. Giaquinta introduce esta importante documentación con un estudio sobre los orígenes de la mediación papal y el papel jugado en ella por determinadas figuras. Recordémoslas en concreto, sin perjuicio de algún olvido involuntario. Las personas que más se comprometieron en frenar la guerra con el recurso al pedido papal de mediación fueron sobre todo Mons. Francisco de Borja Valenzuela Ríos (presidente de la Conferencia Episcopal Chilena) y el Card. Raúl Primatesta, presidente en ese momento de la Conferencia Episcopal Argentina). También tuvieron sus papeles importantes los cardenales Silva Henríquez, arzobispo de Santiago, Juan Carlos Aramburu, arzobispo de Buenos Aires y Eduardo Pironio, por aquellos años en la Curia romana; sin olvidar a Mons. Alemán, obispo de Río Gallegos y Francisco Valdés Subercaseaux, obispo de Osorno.

El nuncio en Buenos Aires, el después Card. Pío Laghi, jugó también su propio papel. Laghi movió al embajador de los

EEUU para que su presidente se comunicara con el Papa, ya que el 20 de diciembre de 1978 un portaaviones argentino se dirigía al Sur, y había tropas argentinas en movimiento hacia Chile por el entonces Paso Puyehue. El propio Gral. Videla habría amenazado con su renuncia ante sus pares de la Junta para frenar la declaración de guerra en aquellos días de diciembre de 1978 (cf. testimonio, nota pág. 53). A nadie escapaba que ni Videla ni Pinochet pertenecían a las facciones belicistas de sus respectivas Fuerzas Armadas.

El jueves 21 de diciembre de 1978 el Papa ofreció sus servicios de mediación y esa noche fueron aceptados por ambas partes. Luego vendrían las larguísimas –casi kálfianas– discusiones entre las partes, donde a la Argentina le tocaba la difícil tarea de remontar un laudo arbitral adverso. Finalmente llegarían las propuestas papales –con el paréntesis de la malhadada guerra de las Malvinas– y su aceptación en 1984, junto al referéndum argentino correspondiente, convocado por el presidente Alfonsín.

La figura del Cardenal Raúl Primatesta aparece resaltada con un relieve singular, como factor decisivo en el convencimiento de Juan Pablo II para asumir la difícil

cil faena que lo esperaba, junto al paciente Cardenal Samoré. El arzobispo de Córdoba, silencioso, tímido, paciente y tenaz, tuvo, en efecto, una actuación determinante para que Videla solicitara al Papa su intervención (cf. testimonio de Mons. Miani, nota pág. 41) y el Papa, por su parte, se convenciera, a su vez, de la viabilidad de su propia aceptación.

Como dijéramos al principio, este estudio muestra con claridad el esfuerzo y el éxito de ambos episcopados chileno y argentino para salvar la paz entre nuestros dos pueblos. Y constituye al mismo tiempo un testimonio de justa gratitud hacia aquellos que trabajaron para ello.

ALBERTO ESPEZEL

---

JUAN CARLOS SCANNONE, *Discernimiento filosófico de la acción y pasión históricas. Planteo para el mundo global desde América Latina*, Barcelona-México, Anthropos-Universidad Iberoamericana, 2009, 302 pp.

---

Pienso que, desde América Latina, debemos estar atentos no sólo a la praxis sino también a la pasión como lugares de la *emer-*

*gencia* de la *novedad* histórica. Como lo diré más adelante, los pobres son uno de esos espacios, no sólo por su acción creadora, sino también porque ésta brota –gratuitamente– de su pasión (6).

La primera parte de la presente obra –anota Scannone– “ofreció una teoría del discernimiento filosófico de la acción y pasión históricas. En la segunda se aplicó, tomando la situación actual como un texto [...] el discernimiento. De ese modo se fueron distinguiendo críticamente tanto sus aspectos negativos (antihumanos) como positivos (humanizadores) [...] Pues la conjunción de ambos momentos indica el hacia dónde de las opciones ético –históricas que nos desafían hoy [...] En esta tercera parte, voy a plantear algunas proyecciones de futuro [...] que implican pasión, sobre todo de los pobres y excluidos, y acción responsable” (215).

Presentamos a continuación un esquema de la obra:

I Hacia una teoría del discernimiento filosófico de la actualidad histórica

Capítulo primero: Hermenéutica y discernimiento del acontecer histórico como un texto

Capítulo segundo: Dialéctica de la libertad y discernimiento histórico